

AGUSTÍN ALBARRACÍN Y EL ESTUDIO DE LAS PROFESIONES SANITARIAS Y EL PLURALISMO ASISTENCIAL EN EL SIGLO XIX



Para los que comenzamos a formarnos como historiadores de la medicina en la segunda mitad de los años ochenta del siglo pasado la relación con las personas que habían llevado a cabo la institucionalización de la disciplina en España ha sido, en general, y a no ser que se coincidiese por razones geográficas, mucho más lejana que la que tuvieron los que habían iniciado su formación treinta o veinte años antes. Nuestro contacto con ellos se ha producido, por tanto, fundamentalmente a través de sus obras. No creo, por tanto, que esté incurriendo en ninguna injusticia si señalo que, como a muchos, en un primer momento, la enormidad de la obra y de la figura de Laín, oscurecieron en mi apreciación la significación de la tarea de alguien que siempre estaba a su lado, Agustín Albarracín. A los que vivimos fuera de Madrid la vida aún nos regaló la oportunidad de coincidir en algunas ocasiones con Laín, al que en sucesivos eventos de la Sociedad Española de Historia de la Medicina tuvimos ocasión de rendirle homenaje. Albarracín se dejaba ver menos y fueron contadas las ocasiones en la que los noveles en la disciplina de todo el país tuvimos el placer de convivir con él.

Por mis intereses de investigación, centrados en los primeros años de mi andadura, y aun ahora, en la popularización de la medicina y en el estudio de las diferentes alternativas asistenciales a las que recurre la población para solucionar sus problemas de salud, aprendí, sin embargo, a acercarme a la parte de la obra de Agustín Albarracín —mucho más amplia— que tenía que ver con estos aspectos y a apreciarla enormemente. Sus trabajos de finales de los años sesenta e inicios de los años setenta del pasado siglo centrados en el siglo XIX en los que se ocupa de de las asociaciones médicas (Cuadernos de Historia de la Medicina Española, 1971, X: 119-186), de la asistencia médica extracientífica —utilizando su propia expresión—, (Asclepio 1972, XXIV: 323-366), de la titulación médica (Cuadernos de Historia de la Medicina Española 1973, XII: 15-80), de la practica médica rural (Cuadernos de Historia

de la Medicina Española, 1974; XIII: 133-204), y también los publicados ya en los ochenta, en los que se ocupó de la homeopatía, así como los que inspiró en este ámbito (varias tesis y tesinas), siguen siendo hoy referencia ineludible para todos los que nos acercamos, de un modo u otro, tanto a la realidad de la práctica médica en sentido estricto como al terreno más amplio de los diversos modos de enfrentar la enfermedad y la muerte que utilizó la población del siglo XIX. En todos ellos, además de dar a conocer realidades que no estaban siendo tratadas, sino marginalmente, por otros autores mostró la conveniencia de utilizar la prensa médica como fuente histórica y las enormes posibilidades de tal acercamiento. El modo de mirar algunas realidades, por ejemplo, la insistencia en no deconstruir el concepto de ‘clase médica’; o el modo de mirar el pluralismo asistencial —‘profunda lacra’ llama al intrusismo y charlatanería—, no es el vigente hoy día en la historiografía médica. Es lógico. Pero ello no resta interés a los trabajos, al contrario. Además de la gran riqueza documental que muestran, su profundo interés por conocer más de cerca la percepción de los propios profesionales médicos sobre su tarea, es de gran importancia y sus acercamientos sugirieron otros puntos de vista. El mismo Albarracín era bien consciente de esta tarea de fijar la atención en temas que no habían sido suficientemente considerados, y con su habitual precisión y elegancia no dejaba de afirmarlo en el frontispicio de sus escritos.

La significación del trabajo de Agustín Albarracín en relación con las profesiones sanitarias, la asistencia rural y el pluralismo asistencial trasciende el ámbito de la Historia de la Medicina y resulta de gran interés para otras áreas académicas con las que los historiadores de la medicina compartimos intereses como la Antropología de la Medicina o la Sociología de la Medicina. No es necesario repetir aquí con detalle el papel central que en la configuración de las mismas tuvieron a nivel internacional historiadores de la medicina como Ackerknecht o Sigerist. En nuestro suelo también ocurrió algo parecido y Albarracín tiene un lugar de privilegio en esta configuración junto a otros autores. En una revisión en curso de publicación sobre el devenir de la Antropología de la Medicina en España he tenido ocasión de comprobar el enorme aprecio que por los trabajos de Luis García Ballester y Agustín Albarracín profesan los antropólogos de la medicina. No quiere ello decir, por supuesto, como ya hemos señalado que los presupuestos que informaban el acercamiento de Agustín Albarracín al pluralismo asistencial o a la práctica médica fuesen los que inspiran hoy el estudio del fenómeno por parte de la Antropología de la Medicina. Tal cosa no era posible. Recuerdo bien que la única ocasión en la que tuve el placer de comentarle a Albarracín mis intereses y de pedirle consejo y orientación bibliográfica en relación con el pluralismo asistencial

me alertó sobre el peligro de unir en un mismo esquema realidades tan diversas como el curanderismo y la homeopatía: «A los homeópatas no les gustará que los mezcles con esa gente». Tuve oportunidad de aclararle el malentendido y señalar con mis rudos planteamientos de novicio que, no obstante, creía que podía ser adecuado plantearse conjuntamente el estudio de todas las alternativas asistenciales a las que puede recurrir la población cuando tiene un problema de salud, aun separando las diferentes opciones, sus diversas procedencias y sus diversos contextos. No sé si quedó muy convencido de mi explicación, más llena de la fe del neófito que de experiencia académica. Pero su generosidad para conmigo y sus orientaciones bibliográficas me ayudaron y me enseñaron a matizar mis esquemáticos planteamientos de novel. He vuelto con insistencia a sus escritos. Sin su artículo «Intrusos, charlatanes, secretistas y curanderos...» no hubiera surgido en mí el interés por el pluralismo asistencial y la magia popular en el siglo XIX. Sin Albarracín yo no entendería bien parte de mi trabajo, como me consta que ocurre con el de otros. Pública gratitud, por tanto, a la maestría que ejerció Agustín Albarracín, a su cálido trato y a su generosidad.

Enrique PERDIGUERO
Universidad Miguel Hernández
Alicante, España